

# ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES



Lewis Carroll

**ALICIA EN EL PAÍS DE  
LAS MARAVILLAS**



**Selección**  
**CLÁSICOS UNIVERSALES**

© MESTAS EDICIONES, S.L.  
Avda. de Guadalix, 103  
28120 Algete, Madrid  
Tel. 91 886 43 80  
Fax: 91 886 47 19  
E-mail: [info@mestasediciones.com](mailto:info@mestasediciones.com)  
[www.mestasediciones.com](http://www.mestasediciones.com)  
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>  
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>  
© Traducción: Luna Forum S.L.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustraciones de cubierta e interior: John Tenniel

Primera edición: *Diciembre, 2015*  
Segunda edición: *Octubre, 2016*  
Tercera edición: *Octubre, 2017*  
Cuarta edición: *Abril, 2019*  
Quinta edición: *Mayo, 2021*  
Sexta edición: *Noviembre, 2022*  
Séptima edición: *Marzo, 2024*  
Octava edición: *Noviembre, 2024*  
Novena edición: *Octubre, 2026*

ISBN: 978-84-16365-65-4  
Depósito legal: M-39492-2015  
Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## INTRODUCCIÓN

De unos primeros orígenes delimitados al reducido ámbito de la literatura juvenil, *Alicia en el País de las Maravillas* ha terminado por convertirse en uno de los clásicos más célebres y leídos de toda la literatura universal, un auténtico fenómeno literario debido a la atracción que produce tanto en los niños como en las personas mayores, que se dejan sumergir placenteramente en su mundo de absurdas y extraordinarias aventuras, colmadas siempre de humor e imaginación, desde que la pequeña y soñadora Alicia cae en la madriguera del conejo, menguando o creciendo sin descanso y contemplando cómo cobran vida fantásticos objetos inanimados en un mundo de fantasía que se aparta de lo considerado “normal” y que pone a prueba la imaginación del lector, sin que éste deje nunca de descubrir nuevos mensajes con cada una de sus lecturas, porque esta es una obra que, sin duda, usted va a leer en más de una ocasión.

¿Quién no ha oído hablar de personajes tan sorprendentes e inolvidables como el Sombrerero Loco, el Conejo Blanco, el gato de Cheshire y la Reina de Corazones?

*Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* (*Alice's Adventures in Wonderland*), su título original sin abreviar,

como normalmente suele mencionarse, es un cuento ideado por el matemático, lógico, fotógrafo y escritor Charles Lutwidge Dodgson, más conocido bajo el pseudónimo de Lewis Carroll, para una niña real llamada Alicia Liddell, por la que el autor sintió una extraña devoción a lo largo de toda su vida. El día 4 de julio de 1862 el escritor y su amigo el reverendo Robinson Duckworth, compañero de enseñanza en el Trinity College de Oxford, llevaron a las tres hermanas Liddell, las hijas del decano, a disfrutar de un placentero paseo en barca por el Támesis. Las niñas insistieron en oír un cuento y Carroll no tuvo más remedio que ir inventando la historia en una tarde, sin duda, de gran inspiración. El cuento le gustó a la niña más que ningún otro de los muchos que antes le hubiera contado el autor, e insistió en que Carroll lo trasladase al papel, obligando a que éste se pasara toda esa noche acabando el primer manuscrito, que fue el regalo para Alicia en esas Navidades. Este es el curioso origen de la posterior publicación de *Alicia en el País de las Maravillas* en el año 1865. El gran éxito de ventas que alcanzó dio lugar a una segunda parte publicada en 1871 bajo el título *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí* (*Through the looking-glass, and what Alice found there*).

En su magnífica obra, Carroll coloca inmediatamente al lector ante la situación que está describiendo a través de un estilo rápido y breve, ahorrando palabras y todo tipo de florituras literarias para presentar directamente la acción que se está produciendo en ese momento, insinuando cosas o a través de los activos y ligeros diálogos que pone en boca de sus insólitos y extravagantes personajes. Sin duda, el fruto de una tarde inspirada.

Con el paso del tiempo, la novela del diácono anglicano ha inspirado multitud de películas, obras de teatro, musicales, ballets, óperas, videojuegos, series de televisión, canciones,

cómics, dibujos animados... Se han inspirado en ella y en sus personajes artistas y escritores de la talla de Dalí, The Beatles, Bob Dylan, Walt Disney, Tom Waits, Aerosmith, James Joyce, Tom Petty, Tim Burton... Una fuente inagotable de inspiración que pocas veces se da en la literatura. Las generaciones de nuestros abuelos y padres ya conocieron y disfrutaron de *Alicia*, y no nos queda la menor duda de que también lo harán las de nuestros hijos, nietos... Hay cosas que nunca pasan de moda y la afortunada *Alicia* es una de ellas.

El editor



*Por la tarde dorada,  
ociosos nos lleva el agua,  
pues son pequeños los brazos  
que empuñan los remos.  
Y unas manitas quieren en vano  
nuestro rumbo errante enderezar.*

*¡Ay, trío cruel! En esta hora,  
bajo un tiempo soñador,  
piden un cuento de débil aliento  
que remueva hasta la menor de las plumas.  
¿Y qué puede una pobre voz  
contra tres lenguas juntas?*

*Prima imperiosa espeta  
su edicto «para comenzarlo»...  
En tono más amable secunda espera:  
«¡Será una tontería!»  
Y Tercia interrumpe la historia  
al menos una vez por minuto.*

*Por fin, un súbito silencio,  
la fantasía los lleva.  
El sueño infantil atraviesa un país  
de salvajes y nuevas maravillas,  
mientras charlan con aves o bestias  
y apenas creen que sea realidad.*

*Y mientras el cuento prosigue,  
los pozos de la fantasía se secan,  
y él, cansado, débilmente se esfuerza  
por dejar a un lado el tema.  
«El resto la próxima vez...»  
«¡Es ya la próxima vez!»  
Gritan las voces jubilosas.  
Así surgió la historia del País de las Maravillas,  
lentamente, poco a poco.  
Sus hechos curiosos nacieron...  
Y ahora la historia ya está,  
y hacia casa navegamos, alegre tripulación,  
bajo el sol que muere.*

*¡Alicia! Toma esta historia de niños,  
y con mano dulce  
déjala donde los sueños de la infancia se entretejen  
en la mano mística de la memoria,  
como la corona de flores de un peregrino  
recogidas en una tierra lejana.*

## CAPÍTULO 1

### **En la madriguera del conejo**

Alicia comenzaba a hartarse de estar sentada con su hermana allí a la orilla del río sin nada que hacer. Había echado de vez en cuando un vistazo al libro que estaba leyendo su hermana, pero no tenía ilustraciones ni diálogos.

—¿Para qué servirá un libro sin dibujos ni diálogos? —se preguntó Alicia.

Estaba dándole vueltas a la cabeza (cosa que le costaba un poco porque el calor de ese día la tenía amodorrada y torpe) si para lograr el placer de trenzar una guirnalda con margaritas valdría la pena tener que levantarse y recoger las flores, cuando, de pronto, brincó junto a ella un conejo blanco con grandes ojos rosados.

Aquello no tenía nada de extraordinario ni tampoco le pareció raro a Alicia oír cómo el conejo decía:

—¡Dios mío, Dios mío, qué tarde se me está haciendo!

Cuando después pensó en aquello, decidió que debería haberse sorprendido mucho, pero en aquel momento le pareció la cosa más natural del mundo. Sin embargo, fue entonces cuando el conejo se sacó del bolsillo del chaleco un reloj, lo consultó y salió corriendo, Alicia se incorporó de

un brinco, pues comprendió entonces que jamás en su vida había visto a un conejo llevando chaleco y menos aún con reloj. Así pues, muerta de curiosidad, corrió tras el animalito por la pradera y llegó a tiempo de ver cómo se metía en una madriguera cuya boca se abría bajo un seto. Unos instantes después, Alicia también se metió en la madriguera sin pararse a pensar cómo se apañaría para salir de allí.

La madriguera se extendía al principio en línea recta, como un túnel, luego, de improviso, dio un brusco giro hacia abajo, un giro tan brusco que Alicia ni siquiera pudo pensar en detenerse y pronto se vio cayendo por un pozo cuyas paredes parecían muy profundas.

O bien el pozo era realmente hondo, o bien ella caía muy despacio, pues mientras iba descendiendo, Alicia tuvo tiempo de sobra para echar un vistazo a su alrededor y preguntarse qué ocurriría luego. Primero, trató de mirar abajo y ver adónde llegaría, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Luego miró a los lados del pozo y descubrió que estaban llenas de alacenas y estanterías. Aquí y allá había mapas y cuadros colgados de ganchos. Agarró un tarro de un estante al pasar por delante; tenía una etiqueta que rezaba: «MERMELADA DE NARANJA». Sin embargo, para su decepción, vio que estaba vacío. Pese a ello, no quiso soltar el tarro por si mataba a alguien, de modo que se las arregló para colocarlo de nuevo en una de las alacenas al pasar por delante de ella.

—¡Bueno! —pensó Alicia mientras continuaba cayendo—. ¡Después de una caída como esta, rodar escaleras abajo me parecerá una tontería! ¡En casa me considerarán una valiente! ¡Caramba, no abriría el pico aunque me cayese desde el mismo tejado de mi casa! —cosa que era muy cierta.

Continuó bajando sin cesar. ¿Es que jamás terminaría aquella caída?

—Me pregunto cuántas millas habré caído ya a estas alturas —dijo en voz alta—. Debo estar muy cerca del centro de la Tierra. A ver, creo que está a unas cuatro mil millas de profundidad...

Veréis que Alicia había aprendido algunas cosas de este tipo en el colegio, si bien no era el mejor momento para presumir de sus conocimientos, pues allí no había nadie que pudiese escucharla, pero pensó que repetir aquello sería una buena manera de repasarlo.

—Sí, esta debe ser la distancia... pero me pregunto a qué latitud o longitud habré llegado. —Alicia no tenía ni idea de qué eran la latitud ni la longitud, pero pensó que serían unas bonitas palabras. Enseguida continuó sus cavilaciones—: ¡Me pregunto si no caeré a través de toda la Tierra y saldré por el otro lado! ¡Sería gracioso salir entre esas personas que caminan cabeza abajo! Los *antipáticos*... creo que se llaman— Alicia se alegró entonces de que nadie la hubiese escuchado, pues aquella palabra no terminaba de sonarle muy bien—. Entonces tendré que preguntar cómo se llama el país. “Perdone, señora, ¿estamos en Nueva Zelanda o en Australia?”

Mientras decía esto, probó a hacer una reverencia. ¿Creéis que es posible hacer reverencias mientras uno va cayendo por el aire?

—¡Menuda niña ignorante que voy a parecer! No, lo mejor será que no pregunte nada. Ya lo veré escrito en algún sitio.

Abajo, abajo, abajo. No había nada que hacer y Alicia se puso a hablar de nuevo.

—¡Creo que Dinah me echará mucho de menos esta noche! —Dinah era su gata—. Espero que se acuerden de ponerle su plato de leche a la hora del té. ¡Cuánto me gustaría tenerte aquí abajo conmigo, Dinah, preciosa! En el aire no hay

ratones, es verdad, pero podrías cazar murciélagos. Ya sabes que se parecen mucho a los ratones. Claro que me pregunto si los gatos comerán murciélagos.

Aquí Alicia comenzó a amodorrarse y siguió hablando como en sueños.

—¿Comerán murciélagos los gatos? o ¿comerán gatos los murciélagos?

No sabía responder a ninguna de las dos preguntas ni tampoco importaba demasiado cuál de las dos se plantease. Estaba durmiéndose y comenzó a soñar que paseaba con Dinah de la manita y le preguntaba muy seriamente:

—Veamos, Dinah, dime la verdad, ¿te has comido algún murciélago? —Y de pronto, ¡plof! Su cuerpo cayó estrepitosamente sobre un montón de hojas secas y se terminó la caída.

Alicia no se hizo ningún daño, y se puso en pie de un salto. Miro arriba, pero todo estaba muy oscuro. Ante ella había otro largo pasadizo y pudo ver al fondo al conejo alejarse por él. No había tiempo que perder. Alicia no dudó y se apresuró como el viento a tiempo de oírle decir al doblar una esquina:

—¡Oh, por mis orejas y mis bigotes, se me está haciendo tardísimo!

Alicia le pisaba los talones, pero cuando dobló la esquina no vio al conejo por ningún sitio, y se encontró en una sala larga y de techo bajo iluminada por una fila de lámparas colgadas del techo.

Había puertas alrededor de toda la sala, pero todas con el cerrojo echado, y cuando Alicia hubo dado la vuelta por uno y otro lado, tratando de abrir todas las puertas, caminó con tristeza al centro de la sala preguntándose cómo lograría salir.

De pronto se topó con una mesita de tres patas, toda ella de vidrio. No había nada sobre ella excepto una llavecita dorada.

Lo primero que pensó Alicia es que debía encajar en alguna de las cerraduras de la sala. ¡Pero las cerraduras eran demasiado grandes o la llave muy pequeña! Así pues, no pudo abrir ninguna puerta. Sin embargo, al dar una segunda vuelta, vio una cortinita que le había pasado antes desapercibida. Detrás había una puertecita de unos cuarenta centímetros de altura. Probó entonces la llave dorada en la cerradura y para gran alegría suya, ¡encajaba!

Alicia abrió la puerta y descubrió que daba a un pasadizo pequeño, no mayor que una ratonera. Se arrodilló y vio que al otro lado del pasadizo se extendía el jardín más maravilloso que se pueda uno imaginar. ¡Cuánto le apetecía salir de aquella sala oscura y pasear entre aquellos macizos de brillantes flores y entre aquellas fuentes frescas! Sin embargo, no le cabía siquiera la cabeza por el hueco de la puerta.

—Y aunque pudiese meter la cabeza —se dijo la pobre Alicia—, no me serviría de mucho sin los hombros. ¡Cómo me gustaría poder encogerme como un telescopio! Creo que podría si supiese por dónde empezar—. Y es que, ya veis, habían pasado tantas cosas extraordinarias últimamente que Alicia había comenzado a pensar que pocas cosas eran realmente imposibles.

No parecía servir de nada quedarse aguardando junto a la puertecita, así que regresó a la mesa, casi esperando encontrar otra llave sobre ella o a lo mejor un libro con instrucciones sobre cómo plegar a la gente igual que un telescopio; pero esta vez encontró una botellita.

—Que sin duda antes no estaba aquí —dijo Alicia.

Tenía la botella en torno al cuello una etiqueta de papel con la palabra «BÉBEME» bellamente impresa en grandes letras de molde. Estaba muy bien que lo dijese, pero la pequeña y sabia Alicia no iba a apresurarse a hacerlo.

—No, primero miraré —dijo—, y veré si dice «veneno» en algún sitio.

Alicia había leído bonitos cuentos de niños que se habían abrasado o sido devorados por animales feroces y muchas otras cosas desagradables solo por no haberse acordado de las sencillas normas que sus amigos les habían enseñados, como que un atizador al rojo vivo quema si no lo sueltas pronto, y que si te cortas un dedo con un cuchillo sangra, y no había olvidado que si se bebe de una botella donde pone «veneno» seguro que tarde o temprano te sentará mal.

Sin embargo, aquella botella no tenía ninguna etiqueta que dijese «veneno», así que Alicia se aventuró a probarla y, al encontrar el contenido muy agradable (de hecho sabía a una especie de mezcla de sabores a pastel de cereza, natillas, piña, pavo asado, dulce de leche y tostadas calentitas con mantequilla), se lo terminó en un suspiro.

—¡Qué sensación tan extraña! —dijo Alicia—. Debo estar encogiéndome como si fuera un telescopio.

Y así era sin duda; ahora solo medía veinticinco centímetros, y se le iluminó la cara al pensar que ahora tenía el tamaño justo para pasar por la puertecita e ir al jardín.

Sin embargo, aguardó primero unos minutos para ver si iba a continuar menguando, y aquello la puso un poco nerviosa.

—Porque ya sabes cómo podría terminar si me consumo como una vela —se dijo Alicia—. Me pregunto cómo quedaría entonces. —Y trató de imaginar cómo es la llama de una vela después de apagarse, pues no podía recordar haber visto una cosa así.

Al cabo de un rato, al ver que no ocurría nada más, decidió salir de inmediato al jardín; pero, ay, pobre Alicia, al llegar a la puertecita descubrió que se había dejado la llavecita

dorada sobre la mesa y, cuando regresó, se dio cuenta de que no podía alcanzarla. Podía verla perfectamente a través del cristal, y trató con todas sus fuerzas de trepar por una de las patas de la mesa; sin embargo, era demasiado resbaladiza. Cuando finalmente quedó agotada después de intentarlo todo, la pobre niña se sentó en el suelo y rompió a llorar.

—¡Vamos, llorar así no sirve de nada! —se dijo Alicia con severidad—. ¡Será mejor que pares ahora mismo! —En general se daba a sí misma buenos consejos, aunque nunca los siguiese, y a veces se reñía con tanta dureza que se le inundaban los ojos de lágrimas. Recordó incluso una vez que trató de darse un sopapo por haberse hecho trampas a sí misma mientras jugaba al croquet contra sí misma, pues a esta extraña niña le gustaba mucho fingir que era dos personas—. ¡Pero no me serviría de nada ahora —se dijo— fingir que soy dos personas! ¡Vaya, si apenas queda algo de mí para hacer una sola persona respetable!

Enseguida sus ojos se posaron sobre una cajita de cristal que había debajo de la mesa. La abrió y encontró dentro un pastelillo diminuto con la palabra «CÓMEME» elegantemente escrita con pasas.

—Bueno, me lo comeré —dijo Alicia—. Si me hace más grande podré llegar a la llave, y si me hace encoger podré pasar por debajo de la puerta; en todo caso podré ir al jardín, lo demás me da igual.

Hecha un manojo de nervios dio un mordisquito.

—¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde? —se preguntó con la mano sobre la cabeza para saber en qué dirección estaba cambiando, pero se sorprendió muchísimo al notar que seguía siendo de la misma estatura.

En realidad esto es lo que suele ocurrir cuando se muerde un pastel, pero Alicia se había acostumbrado ya tanto a

esperar que sucediesen cosas extraordinarias que le pareció muy soso y estúpido que la vida fuese como siempre.

Así pues, se puso manos a la obra y enseguida dio buena cuenta del pastel.



## CAPÍTULO 2

### El charco de lágrimas

—¡Curiosífico y curiosífico! —exclamó Alicia, tan sorprendida que por momentos olvidó hablar correctamente—. ¡Ahora me estoy estirando como el telescopio más grande del mudo! ¡Adiós pies! —gritó al mirar hacia abajo y ver que sus pies estaban tan lejos que parecían fuera de vista—. ¡Oh, mis pobres pies! ¡Me pregunto quién os pondrá ahora los zapatos y las medias! ¡Seguro que no podré hacerlo yo! Estaré demasiado lejos para ocuparme yo misma de vosotros, os las tendréis que apañar como podáis... ¡Pero debo ser amable con ellos —se dijo Alicia— o quizá no quieran caminar hacia donde yo quiera! Veamos, les regalaré un par de botas nuevas cada Navidad.

Y continuó planeando cómo se las arreglaría.

—Deberían ir por correo —se dijo—. ¡Será raro eso de enviar regalos a los pies de una misma! ¡Y qué aspecto tan raro tendrán las señas!

*Señor Don Pie derecho de Alicia.*

*Dirección: Alfombra de la chimenea,*

*Junto al guardafuegos.*

*Con cariño, Alicia*

—¡Caramba, qué tonterías estoy diciendo!

Entonces su cabeza golpeó el techo de la sala; de hecho, ahora medía ya más de tres metros de altura, así que agarró rápidamente la llavecita dorada y corrió a la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Todo lo que podía hacer era tumbarse de costado y contemplar el jardín con un solo ojo; pero entrar ahora era más difícil que nunca. Se sentó en el suelo y rompió a llorar de nuevo.

—¡Deberías avergonzarte de ti misma! —exclamó Alicia—. ¡Una chica tan grande como tú —ahora bien podía decirlo— llorando así! ¡Ni una lágrima más! ¡Para ahora mismo!

Pero continuó llorando sin consuelo, derramando galones de lágrimas hasta que se formó un enorme charco a su alrededor de una palma de profundidad que cubría la mitad del suelo de la sala.

Poco después, Alicia oyó un ruidito de pisadas a lo lejos. Rápidamente se enjugó las lágrimas para ver qué era lo que se acercaba. Era el conejo blanco que regresaba, espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra; venía trotando con prisa, musitando a su paso:

—¡Oh, la duquesa, la duquesa! ¡Oh, cómo se enfadará si la hago esperar!

Alicia estaba tan desesperada que estaba dispuesta a pedir ayuda a cualquiera. Así pues, cuando el conejo estuvo cerca, le dijo tímidamente en voz queda:

—Señor, por favor...

El conejo dio un respingo, soltó los guantes blancos y el abanico, y salió disparado por la oscuridad tan rápido como pudo.

Alicia recogió el abanico y los guantes y, como en la sala hacía mucho calor, se puso a abanicarse sin parar mientras decía:

—¡Caramba! ¡Qué raro es todo hoy! Y ayer todo iba como siempre. Me pregunto si habré cambiado yo durante la noche. A ver, ¿era la misma cuando me levanté esta mañana? Creo recordar que me sentía un poco distinta. Pero si no soy la misma, la siguiente pregunta es, ¿quién rayos soy? ¡Ah, ese es el gran misterio!

Y se puso a pensar en todas las niñas de su misma edad que conocía para ver si podía haberse cambiado por alguna de ellas.

—Seguro que no soy Ada —murmuró—, porque el cabello le cae en rizos y yo no tengo ni un solo rizo. Tampoco puedo ser Mabel porque yo sé toda clase de cosas y ella, oh, ¡sabe muy pocas! Además, ella es ella, y yo soy yo... ¡Caramba, qué desconcertante es todo! Veamos si sé todas las cosas que solía saber. A ver, cuatro por cinco, doce; cuatro por seis, trece; cuatro por siete... ¡Caramba, así nunca llegaré a veinte! Pero bueno, la tabla de multiplicar no significa nada; probaré con la geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma... No. Todo está mal, seguro. Debo haberme cambiado por Mabel. Probaré a recitar «*Qué hace el pequeño...*»

Cruzó las manos sobre el regazo como si estuviese recitando las lecciones y comenzó a repetir notando que la voz sonaba ronca y las palabras no eran las que solían:

*¡Qué hace el pequeño cocodrilo  
utiliza su brillante cola  
y derrama las aguas del Nilo  
sobre sus doradas escamas!*

*¡Con qué alegría hace una mueca,  
con que cuidado saca las uñas  
e invita a sus piezas  
con sus mandíbulas sonrientes!*

—¡Seguro que no son las palabras correctas! —dijo la pobre Alicia con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Seguro que soy Mabel después de todo! Tendré que ir a vivir a esa casucha horrenda y apenas tendré juguetes para jugar y, ¡oh, tantas lecciones que aprender! Pues no, ya lo he decidido, si soy Mabel me quedaré aquí. Y ya pueden asomar la cabeza por el pozo y decirme: «¡Sal de ahí, tesoro!» Simplemente miraré hacia arriba y diré: «¿Quién soy entonces? Decídmelo primero y después, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí abajo hasta ser otra persona.» Pero, caramba —exclamó Alicia con un súbito llanto—, ¡estoy más que harta de estar sola aquí!

Al decir esto, se fijó en sus manos y vio, sorprendida, que se había puesto uno de los guantecitos de cabritilla blanca del conejo.

—¿Cómo he conseguido hacerlo? —se preguntó—. Debo estar menguando de nuevo.

Entonces se levantó y fue hacia la mesa para comprobar cuánto medía. Así descubrió que, según sus cálculos, no mediría más de medio metro de alto y seguía encogiéndose a toda velocidad. Enseguida se percató de que era a causa del abanico que sostenía con la mano, y lo soltó corriendo, justo a tiempo para no llegar a achicarse hasta desaparecer.

—¡Me he librado por los pelos! —dijo Alicia, bastante asustada por aquel cambio repentino, pero muy contenta de ver que aún existía—. ¡Ahora, al jardín!

Y corrió hacia la puertecita. Sin embargo, ay, seguía cerrada y la llavecita dorada continuaba sobre la mesa de cristal.

—La cosas están aún peor —musitó la pobre Alicia—. ¡Jamás había sido tan pequeña como ahora! ¡Y digo que las cosas se están poniendo feas!

Al decir estas palabras, uno de sus pies resbaló, y un instante después, plof, estaba hundida hasta el cuello en agua salobre. Lo primero que pensó es que se había caído al mar de algún modo.

—Entonces no podré volver en tren —se dijo, pues Alicia había ido una sola vez en su vida a la playa y había concluido que daba igual donde uno fuese, la costa inglesa estaba plagada de casetas de baño, de niños jugando en la arena con sus palas, luego venía una hilera de casas y la estación de tren detrás.

Pero enseguida se dio cuenta de que estaba en el charco de sus propias lágrimas, las que había derramado cuanto media casi tres metros de altura.

—¡Ojalá no hubiese llorado tanto! —se lamentó Alicia mientras nadaba en círculos tratando de encontrar una salida—. ¡Imagino que ahora seré castigada a perecer ahogada en mis propias lágrimas! ¡Desde luego que será una cosa bien rara! ¡Pero es que hoy todo es raro!

Entonces oyó chapotear a alguien cerca de ella y nadó hacia allí para ver quién era. Al principio creyó que era una morsa o un hipopótamo, pero entonces recordó lo chiquitita que era ahora y enseguida comprendió que era solamente un ratón que se había caído como ella.

—¿Serviría de algo hablar con ese ratón? —se dijo Alicia—. Todo es tan extraordinario aquí abajo que muy probablemente pueda hablar, así que no pasa nada por intentarlo. —Alicia empezó entonces a hablarle—: Señor ratón, ¿no sabrá cómo se sale de este charco? ¡Estoy muy cansada de nadar de un lado a otro!

Alicia pensó que aquella sería la forma más correcta de hablar a un ratón, pues jamás había hecho nada semejante; sin embargo, recordó haber leído en la gramática latina de su hermano: «El ratón, del ratón, al ratón, para el ratón, ¡oh, ratón!» El ratón la miró con curiosidad, y Alicia habría jurado que le guiñó un ojo, pero no dijo nada.

—Tal vez no hable inglés —musitó Alicia—. Yo diría que es un ratón francés llegado con Guillermo el Conquistador. —Pese a sus conocimientos de historia, Alicia no tenía muy claro hacía cuánto tiempo habían sucedido algunas cosas, de modo que continuó—: *Où est ma chatte?*<sup>[1]</sup>

Era la primera frase de su libro de francés. El ratón brincó fuera del agua y se puso a temblar de la cabeza a la cola.

—¡Oh, perdóneme! —gritó Alicia a toda prisa, pues temía haber herido los sentimientos del animalillo—. No recordaba que a usted no le gustaran los gatos.

—¡Y no me gustan! —exclamó el ratón apasionadamente con su vocecilla chillona—. ¿Te gustarían a ti en mi lugar?

—Bueno, quizá no —repuso Alicia en tono tranquilizador—. No me lo tome a mal. Sin embargo, me gustaría enseñarle a nuestra gata Dinah. En cuanto la viese empezaría a gustarle los gatos. Es tan tranquila —prosiguió Alicia para sí misma mientras nadaba con indolencia por el charco—, y ronronea con tanta dulzura cuando está al amor del fuego lamiéndose las patitas y lavándose la cara... Y es tan agradable tenerla en brazos... Y caza ratones como nadie... ¡Oh, perdóneme! —gritó de nuevo Alicia, pero esta vez el ratón tenía el pelo erizado y ella supo que sin duda lo había ofendido—. No hablaremos más de ella si no quiere.

—¡Nosotros! —gritó el ratón temblando hasta la punta de la cola—. ¡Como si yo hablase sobre ese tema! Nuestra

1 ¿Dónde está mi gata?

familia siempre ha odiado a los gatos, ¡esas cosas asquerosas, primitivas y zafias! ¡No vuelvas a mencionarlos!

—¡Por supuesto que no! —Alicia se apresuró a cambiar de tema—. ¿Le gustan a usted los... los perros? —El ratón no respondió y Alicia continuó hablando con entusiasmo—: Cerca de mi casa hay un perro tan bonito que me encantaría que lo viera. Es un terrier pequeño, de ojitos brillantes y pelo largo, rizado y castaño. Si le tiras algo, te lo trae de vuelta, y se sienta para pedir la comida y todo tipo de cosas... No me acuerdo de la mitad... Es de un granjero, sabe, y dice que es tan útil que vale cien libras. Dice que mata a las ratas y... ¡Caramba! —exclamó Alicia, apenada—. ¡Me temo que he vuelto a ofenderlo!

Pero el ratón ya se alejaba de ella nadando tan deprisa como le daban las patitas, y agitando el charco al avanzar. Alicia lo llamó con suavidad:

—¡Querido ratón! ¡Vuelva y no hablaremos más de gatos ni de perros, ya que no le gustan!

Al oír esto, el ratón dio media vuelta y fue hacia ella nadando lentamente con la carita pálida (Alicia creyó que por la emoción) y dijo con vocecilla temblorosa:

—Vayamos a la orilla y te contaré mi historia, entonces comprenderás por qué odio a los perros y a los gatos.

Ya era hora de marcharse, pues el charco se estaba abarrotando con los pájaros y los animales que habían caído dentro; había un pato, un dodo, un loro y un aguilucho, y unas cuantas criaturas extrañas. Alicia se puso a la cabeza y todo el grupo nadó hacia la orilla.



### CAPÍTULO 3

## Un corro y una larga historia

El grupo congregado en la orilla tenía sin duda un aspecto de lo más raro: los pájaros tenían el plumaje sucio, los demás animales el pelo pegado al cuerpo, y todos chorreando, malhumorados e incómodos.

Como es natural, lo primero era buscar el modo de secarse. Se pusieron a discutirlo y, unos minutos después, a Alicia le parecía la cosa más normal del mundo asistir a aquella reunión y hablar confiadamente con aquellos animales como si los conociese de toda la vida. Mantuvo incluso una larga discusión con el loro, que se enfurruñó, y se puso a decir:

—Soy más mayor que tú y sé de qué hablo.

Como Alicia se negó a dar su brazo a torcer sin antes saber la edad del loro, y este se negó en redondo a decirle su edad, la conversación se terminó ahí.

Finalmente el ratón, que parecía ser el de más autoridad del grupo, gritó:

—¡Sentaos todos y escuchadme! ¡Enseguida os secaré!

Todos se sentaron formando un amplio círculo, con el ratón en el centro. Alicia no apartaba los ojos de él, pues estaba

segura de que se atraparía un buen resfriado si no se secaba pronto.

—¡Ejem! —carraspeó el ratón con aire de importancia—. ¿Estáis todos listos? Esta es la cosa más seca que conozco. ¡Silencio todos, por favor! «Guillermo el Conquistador, cuya causa apoyaba el Papa, fue pronto presentado a los ingleses, que necesitaban jefes y hacía tiempo que estaban acostumbrados a usurpaciones y conquistas. Edwin y Morcar, condes de Mercia y Northumbria...»

—¡Puf! —graznó el loro con un escalofrío.

—¡Perdón! —chilló el ratón frunciendo el ceño, pero muy cortésmente—. ¿Has dicho algo?

—¡Yo no! —dijo el loro rápidamente.

—Creía que sí —repuso el ratón—. Prosigo, «Edwin y Morcar, condes de Mercia y Northumbria, se pusieron de su parte, e incluso a Stigand, el patriota arzobispo de Canterbury, le pareció aconsejable...»

—¿Pareció qué? —preguntó el pato.

—*Le* pareció —replicó el ratón un poco enojado—. Sin duda sabes lo que quiere decir *le*.

—Sé muy bien qué significa *le* cuando encuentro algo —dijo el pato—. Casi siempre es una rana o un gusano. Lo que quiero saber es qué le pareció al arzobispo.

El ratón fingió no haber oído la pregunta y continuó su historia.

—«Le pareció aconsejable y decidió salir con Edgar Atheling al encuentro de Guillermo y ofrecerle la corona. Al principio, Guillermo se condujo con moderación. Pero el descaro de los normandos...» ¿Cómo te encuentras ahora, querida? —prosiguió dirigiéndose a Alicia.

—Tan empapada como antes —repuso ella con melancolía—. Esta historia no parece secarme nada.

—En tal caso —dijo con solemnidad el dodo mientras se ponía en pie—, propongo que se aplace la reunión para que se adopten de inmediato remedios más expeditivos.

—¡Habla con claridad! —dijo el aguilucho—. ¡No sé qué quieren decir la mitad de estas palabras tan largas y, lo que es peor, tampoco creo que tú lo sepas! —Y el aguilucho bajó la cabeza para ocultar una sonrisa mientras algunos de los otros pájaros reían sin disimulo.

—Lo que iba a decir —continuó el dodo, ofendido— es que lo mejor para secarnos es hacer un corro de la patata.

—¿Y qué es un corro de la patata? —preguntó Alicia, no porque tuviese ganas de averiguarlo, sino porque el dodo había hecho una pausa, como si esperase que alguien dijese algo, cosa que nadie parecía dispuesto a hacer.

—Bueno, la mejor manera de explicarlo será haciéndolo.

(Si alguno de vosotros quiere hacer un corro un día de invierno, os explicaré cómo lo organizó el dodo.)

En primer lugar, marcó más o menos un círculo («no importa que sea perfecto», dijo) para hacer una carrera, y luego todo el grupo se colocó aquí y allá en el círculo. Nadie dijo aquello de «Uno, dos y tres», sino que todos empezaron a correr como mejor les pareció, y cada cual se detuvo cuando quiso, de modo que no era fácil saber cuándo se terminaba el corro. Sin embargo, al cabo de una media hora, todos estuvieron secos y el dodo gritó de repente:

—¡Se terminó!

Todos se congregaron en torno a él entre jadeos preguntándole:

—¿Y quién ha ganado?

A esta pregunta no podía responder el dodo sin meditar largamente, así que pasó un buen rato reflexionando con un dedo presionándole la frente (en la postura en que casi siempre aparecen retratados los pensadores) mientras los demás aguardaban sin hablar. Finalmente el dodo dijo:

—Hemos ganado todos, y todos merecemos un premio.

—¿Y quién entregará los premios? —preguntó un gran coro de voces.

—Ella, como es natural —señaló el dodo a Alicia con el dedo.

Todo el grupo se apiñó en torno a Alicia.

—¡Premios, premios! —gritaban como locos.

Alicia no sabía qué hacer. Desesperada, hurgó en uno de sus bolsillos y encontró una cajita de peladillas (el agua salada no había entrado en ella por suerte) y las repartió como premios. Había exactamente una peladilla para cada uno.

—Pero ella también merece un premio —dijo el ratón.

—Por supuesto —asintió gravemente el dodo—. ¿Qué más tienes en ese bolsillo? —preguntó dirigiéndose a Alicia.

—Solo un dedal —repuso ella.

—Dámelo.

Entonces todos se congregaron de nuevo a su alrededor mientras el dodo se lo ofrecía con aire solemne.

—Le ruego que acepte este elegante dedal —le dijo y, terminado este breve discurso, todos la vitorearon.

Alicia pensó que todo aquello era de lo más absurdo, pero todos ellos parecían tan serios que no se atrevió a reír; y, como tampoco se le ocurría qué decir, simplemente hizo una reverencia y tomó el dedal mirándolo con tanta solemnidad como pudo.

Lo siguiente fue comerse las peladillas, lo cual provocó cierto ruido y confusión, pues los pájaros grandes se quejaron de que no podían paladear las suyas, y los pequeños de que no podían tragarlas y tenían que darles palmaditas en el lomo. Sin embargo, aquello finalmente se terminó y todos se sentaron formando un círculo, y rogaron al ratón que les contase algo más.

—Usted me prometió contarme una historia, ¿recuerda? —dijo Alicia—, y por qué odia a los G... y los P... —añadió en un susurro, temerosa de que él se sintiese de nuevo ofendido.

—¡La mía es una historia larga y triste! —repuso el ratón volviéndose hacia Alicia y suspirando.

—Es larga, sin duda —dijo Alicia bajando la mirada con admiración hacia la cola del ratón—. Pero, ¿por qué dice que es triste? —Y continuó intrigada sobre la historia mientras hablaba el ratón, de modo que tomó la siguiente forma en su imaginación:

La Furia dijo a un  
 ratón al que vio  
 en su casa:  
 «Vamos los dos  
 ante el juez.  
 Yo te acusaré,  
 y tú te defenderás.  
 ¡Venga!  
 No aceptaré  
 más discusiones.  
 Debemos tener  
 un proceso,  
 pues esta mañana

*Fin de la edición promocional*